

pués de eso iremos al mesón donde nos lleve el criado.

Al ver don Roque y doña Procopia la Catedral, no pudieron menos que pararse y exclamar: "¡Bendito sea el Señor!"

—De aquí sí no paso, voy á dar gracias á Dios, decía resueltamente doña Procopia.

—No paso por eso, le replicaba don Roque; después vendrás á rezar lo que gustes: acuérdate de nuestra carga.

Al fin llegaron al mesón, y como era día domingo, les fué fácil recobrar su equipaje, cuya conducción tuvieron que pagar de nuevo al cochero, por habérsela exigido en el despacho, lo cual fué un golpe mortal para don Roque, quien con su mujer quedó instalado en el mesón de Balvanera: los deseos de ambos quedaban satisfechos.—Mexicanos, podrían decir: ya nos tenéis en vuestro seno; ya estamos en la capital del grande Anáhuac.

ZULEY.



## Un Secreto de Casada.

Mas todas las (cosas) que son reprobables, se descubren por la luz; porque todo lo que se manifiesta es luz.—SAN PABLO: Epis. á los corint., V, 13.

En un primoroso aposento de una preciosa casa del Puente de Alvarado, en la deliciosa México, engañando el tiempo estaba una afortunada pareja sentada junto á una mesa de elegante figura.

Para que no alegue ignorancia la apreciable lectora que se digne pasar sus ojos por estas líneas, de luego á luego diremos en pocas palabras que en la época del presente relato, hacía sobre cinco años que el señor don Esteban Ruijosa, adinerado negociante, y la linda Isabel Cabrera, unidos con matrimoniales vínculos, disfrutaban de

la vida más feliz y alegre que apetecerse puede, sin que en tanto trecho hubiera la más ligera desavenencia ni la más leve pesadumbre turbado la paz y el contento de ninguno de los dos. Ahora bien, la pareja de que hablamos al principio, es la misma de que acabamos de hacer mención. El mundo que, dígame lo que se quiera, no deja de clavarse algunas veces, había pensando que Isabel, joven preciosa y de familia distinguida, pero escasa de fortuna, había sido casada con don Esteban, mozo también pero de ordinarios pañales, por miras de pura conveniencia pecuniaria, sin pararla consideración en que don Esteban, habiéndose formado él solo, no solamente se había granjeado á fuerza de laboriosidad, honradez y delicadeza una estimación universal, sino que además se había hecho lugar entre lo mejorcito de la sociedad. Y el caso es que él y su consorte se habían amado muy de veras antes de casarse, lo que confesamos que nada tenía de particular, y se amaban muy tiernamente después de casados, lo cual no es cosa de verse todos los días; y el caso es también que sin embargo de lo mucho que se querían, Isabel nunca había podido mirarle, allá en el fondo de su alma sin un respeto profundo, con cierto respeto reverencial, propio, si no nos equivocamos, en toda persona que vive persuadida de que el matrimonio no es

un juguete y de que "el marido es cabez de su mujer."

Basta de digresión y vamos al grano.

Los felices esposos estaban, pues, como íbamos diciendo, sentados delante de una mesa. Hacía una hermosa mañana de primavera, y desde el aposento, cuyas ventanas daban á la frondosa huerta, se oía el suave trinar de los pajarillos, se sentía el fragante olor de las flores y se percibía el espumoso chorro de la cristalina fuente que daba vida á las plantas y refrescaba el aire.

Tenía en sus manos don Esteban un periódico, periódico de no muy pequeñas proporciones, con su "folletín," es decir, una novela de Dumas mal escrita y peor traducida, su "editorial" lleno de frases pomposas y sin sustancia, sus "retazos" ó artículos de chismografía, fuera de sus incontables erratas, y de sus infinitos despropósitos de todas calidades y tamaños. Bien que don Esteban estuviera allí sentado con ánimo de leer lo que el periódico contenía, no podía llevar á efecto su propósito, porque su hijo primogénito, muchacho colorado y rollizo de tres años, travieso como la piel de Judas y consentido como todo hijo único, había tomado por entretenimiento hacer á su papá un millón de diabluras, tales como estirarle de vez en cuando el impreso, peinarle la cabeza con un clavo, y

cerrarle los párpados; todo lo cual hacía sonreír con disimulo á Isabel, amoscando y divirtiendo alternativamente al martir padre.

Delicioso era el espectáculo aquel, así por las originales travesuras del chico, como por la forzada seriedad del esposo y las reprimidas risas de la mamá, y la elegancia del mueblaje, y el perfume de las flores.

En medio de esto presentóse un criado trayendo varias cartas. Entre las de Isabel algunas había particularmente mal escritas y dobladas, cosa muy poco digna de llamar la atención á no ser porque otras, las menos en verdad, traían todos los caracteres contrarios.

Isabel, al punto que recibió sus cartas, se puso pálida, luego colorada, y agarrándolas con azogamiento sin siquiera imponerse de su contenido, metió las feas en la bolsa de su delantal de raso. Ruijosa leyó en dos por tres las suyas, pues eran de hombres y trataban solamente de negocios comerciales, y bien sabido es que el comerciante, cuando es de los que lo entienden, gasta poca tinta, emplea poco tiempo y sobre todo procura el menor posible provecho á la renta de correos. Concluída su tarea, levantó los ojos, y al ver á su esposa embebecida en la lectura de una epístola de cuatro caras, con letra muy metida y

renglones muy juntos, verdadera carta de mujer, no pudo menos de sonreírse.

—¡Jesús te valga! exclamó luego en tono de chanza, ahí tienes con eso para divertirme hasta la noche; mientras acabas, voy á mandar á Guillermo á la Alameda, para que me deje leer el diario con sosiego.

Sin embargo, Isabel no se imponía de la charla del papel en que tenía puesta la vista; era evidente que su pensamiento estaba divagado en otra cosa y que aquello no venía á ser más que una engañifa, un pretexto para no desplegar los labios, un medio de disimular la agitación de su ánimo.

¿Qué pasaba, pues, por ella?

A su tiempo lo sabrá quien gustare seguir esta historia.

Entre tanto don Esteban, habiendo llamado con la campana, y dado sus órdenes, se enfrascó á todas sus anchuras en la lectura del papelote.

De repente, brincó en su asiento y despidió una triste exclamación.

—¿Qué te sucede? preguntóle asustada su mujer.

—¡Mira qué desgracia! ¡Una quiebra! ¿Y de quién te parece?... ¡De un hombre muy honrado, que llevaba muy bien sus negocios, de quien nunca jamás hubiera yo.... ni nadie, esperado un golpe co-

mo éste! ¡Ya!... también hace meses que se hablaba de él por gastador, susurrando las gentes que su mujer había de arruinarle.

—¡Su mujer!

—Sí. Pero en resumidas cuentas, no entiendo cómo puede ser eso. Unos cuantos centenares de pesos no creo yo que pudieran importar cosa para un caudal como el de Barnel, y á más no me parece que su mujer gastara más que tú..... Por lo menos, nunca supe yo que se plantara mejor que tú.... Lo que me imagino que haya sucedido es, que ella se habrá metido bárbaramente en deudas sin conocimiento de él, y deudas gordas.... y las deudas son una cosa que crece extraordinariamente en un abrir y cerrar de ojos y que acarrea miles de trabajos y congojas.... Dicen las gentes que cuando llegó el día crítico, cuando se llegó la hora de pagar, hubo dimes y direses, se descompuso el matrimonio, se abatió él, abandonó sus negocios y paró en meterse á tontas y á locas en especulaciones descabelladas.

—¡Qué horror! tartajeó Isabel.

—¡Y de veras! Yo no sé lo que haría con una mujer semejante.

—¿No la perdonarías, queriéndola mucho? preguntó Isabel con el acento sosegado de una agitación reprimida.

—Acaso sí.... pero una sola vez, y eso

si su yerro era efecto de inexperiencia juvenil.... pero ha de haber en estas cosas tanta falsedad, tantos miserables engaños y tales extravíos que por buena cuenta doy mil gracias á Dios de no verme puesto en ocasión.

Don Esteban al hablar así tenía los ojos clavados en el periódico, sin ocurrirle por un momento dirigirlos á su mujer.

A poco, Isabel se hizo escurridiza; no advirtió su ausencia su marido.

Entróse Isabel en su recámara, torció la llave, y echándose en un taburete, dió suelta á su dolor con el más amargo llanto que en su vida hubiera vertido.

Ella, ¡ella también estaba atrapada! atrapada "bárbaramente," como había dicho tan acertadamente su marido, atrapada de tal manera que no alcanzaba ya la crecida suma que para sus alfileres le pasaba Rujosa á satisfacer sus cuaniosos compromisos.... Así, en ahogo tal no tenía ella ni siquiera el ánimo suficiente para abrir á él su pecho, evitándole el pesar de que en breve lo supiera por boca ajena. ¡Véase por dónde vino á turbarse su sosiego, por qué mezquino principio vinieron á mezclarse las amargas lágrimas con su vida de dulzura! ¡Y qué "falsedad," cuántos "miserables engaños" y qué "extravíos" no deberían ser los suyos!

Para colmo de desgracia, ni aun el triste

consuelo de llorar le era permitido, pues temía que se maliciara algo de sus lágrimas; de suerte que después de un rato, reprimió su llanto, enjugóse cuidadosamente los ojos, bañóselos con agua fresca delante de su espejo y tapándoselos un poco con su suave pelo, disimuló bastante bien las huellas de las lágrimas. Nunca, ni cuando se vestía de gala había consultado con tanto afán el espejo, y ahora le chocaban sobre manera las ojeras que advertía ella misma.

Sentóse delante del espejo, apoyada la cabeza sobre una mano y empuñando con la otra las cartas que aún no había tenido valor para abrir. Tocaron quedito á la puerta.

—¿Quién es? preguntó.

—Yo, señorita, contestó Jerónima, su fiel camarera. Ahí busca á su merced la "madama."

Isabel torció la llave y mandó que entrara la visita; la desconsolada esposa contaba recibir algún consolón de parte de la persona que la buscaba y á quien conocía más quizá de lo que le conviniera.

La "madama" se daba el nombre de Francisca Lumieres y se hacía pasar por francesa; pero no era en realidad sino una judía inglesa, de mala familia, y que se llamaba Rebeca Samuel. Su oficio era honesto, el mismo de tantos hombres que de la noche á la mañana se levantan con un asombroso

capital, á que hacen mil acatamientos las gentes; su oficio era, pues, la usura, la venta y compra de los desechos de las damas de moda; y si vale decir verdad, pocas de su gremio sabían sacar tanto provecho del arte de embaucar á los "marchantes." Cargaba siempre consigo una asquerosa bolsa con dinero, para aprovecharse de la necesidad de las personas con quien hacía su tráfico.

Madama Lumieres, pues así es preciso llamarla ya que este nombre era por el que la conocían, era una mujer de pequeña estatura, mal vestida, de unos cuarenta años, ojos brillantes, narices de pico de loro, inquieta y de voz chillona; su jerigonza era un "chapurrado" de castellano y francés tan mal hablado uno como otro.

—"Bon jour," (1) señorita Isabel, dijo al irse colando en la recámara, ni preguntar por la salud, ¡es usted "si charmante!" (2) ¡Oh, y qué "belle!"... (3) Por eso gasta usted vieja ropa más largo tiempo que otras señoritas y tienusté tan poco que me vender. Señorita Isabel es de todas maneras "charmante;" mas non "pour" esto debe se traer vieja ropa... porque el marit "pour" supuest y los comerciant no les gusta esto... ¡ja! ¡ja!

(1) Buenos días.

(2) Tan preciosa.

(3) Hermosa.

¡Pobre Isabel! No estaba ella de humor de celebrar los nauseosos chistes y cumplimientos de madama Lumieres; y luego no dejaba de estar ella tal cual impuesta de las "trácalas" y socaliñas de la madama; pero tenía que tolerarla por necesidad.

—Siéntese usted, madama Francisca, díjole; me encuentro en un terrible apuro de dinero; pero en verdad no sé lo que le tengo á usted por acá.

—El terciopelo verde que no ha querido usted me dejar todavía... Todavía le doy á usted veinte pesos "pour" él, y que mucho le habrá usted usado desde entonces.

—Sólo dos ocasiones... solamente siete veces por junto... Y me costó ochenta pesos, dijo suspirando Isabel.

—Ah, pero ya es pasado la moda, y tan pasado... No creo le sacar el dinero. "Voyez-vous," (1) señorit Isabel es una chiquita señorit... "si jolie maistrés petite." (2) Si usted estaba una alta "grand" dama, pour supuest los vestidos grandes poderían venir á las chiquitas señoritas, pero los chiquitos vestidos no vienen bien que á pocas.

—Si vendo el terciopelo verde, necesitaré otro para el invierno que entra, dijo en voz baja Isabel.

—¡Ah!... "vous avez raison;" (3)

(1) Ve usted.

(2) Tan bonita, pero muy chiquita.

(3) Tiene usted razón, ó dice usted bien.

cuando llegan "les nouveautés" de la temporada. Oiga usted... véndame también el vestido de punto blanco que me hizo ver una vez, este día que le merqué un chiquito aderés de perlas.

—¡Qué! ¿mi vestido de boda? ¡Oh, eso sí que no! ¡No he de venderlo! exclamó la infeliz Isabel apretándose convulsamente sus lindas manos.

—¿Y pour qué?... Usted no piensa se volver á casar... Yo le doy por él ciento pesos.

—¡Cien pesos!... ¡Es de punto de Bruselas, madama! y costó seiscientos.

—¡Ah, sí, pero usted no piensa que tengo que le traer diez años sin salir de él... y también usted, señorit, usted compra caro; como toda grande dama!

Y diciendo esto, madama Lumieres meneó la cabeza con la solemnidad de una persona de años y de mundo.

—¡No, no! ¡por ningún camino! No pugno yo vender mi vestido de boda.

Y la tentadora vieja quedó por entonces al parecer chasqueada; pero al cabo de una hora la "madama" salió de la casa con un voluminoso envoltorio bajo el brazo y mucha ufania en su fea cara.

Isabel volvió á encerrarse en su recámara. Puso unos rollos de pesos sobre la mesa, se tiró sobre un taburete y después de haber dejado correr, sin despegar sus labios

unas cuantas lágrimas ardientes, por sus irritadas mejillas, cobró por fin ánimo y comenzó á abrir las tres cartas que hasta entonces había tenido cerradas en la bolsa del delantal. Pasó la vista por la primera, luego por la segunda, sin dar á entender que hubiese encontrado en ellas cosa alguna que reparar, si bien no contenían nada grato pero no fué así con la tercera, pues en ella advirtió un exceso considerable en la cuenta, lo cual no dejó de alegrarla, por aquel principio "del mal el menos." Levantóse apresuradamente y abrió un "buró" (papelera) pequeño que había servido de mucho tiempo atrás para guardar cartas viejas y cuentas pagadas.

A decir verdad, lo interior de la tal papelera no presentaba á la vista un orden regular; tarjetas de matrimonio, entierro y visita, blancas, negras y azules, gruesas unas, transparentes otras; cuentas pagadas y por pagar; copias de versitos malos, peores y pésimos, donde el corazón, el alma y el pecho hacían todo el gasto; mil otros papeles "inclasificados" é "inclasificables," todo estaba allí revuelto y de suerte tal que no era extraño ver á Isabel afanarse en vano buscando la cuenta primitiva con que deseaba cotejar la que había recibido en la mañana. En medio del azogamiento y la impaciencia que de poco tiempo á aquella parte había venido á hacerse como genial en

ella, trabucó el escritorio, vació sobre una silla lo que contenía y luego, hincando la rodilla delante de ésta, se echó á pechos el trabajo de examinar uno por uno los papeles todos. En esta faena, vino á las manos una carta con que no debía esperar encontrarse allí y que conservaba la impresión de una rosa, de la cual aún se hallaba una que otra hoja seca ya, entre los dobleces del billete; esta rosa, don Esteban se la había dado la víspera de darse con ella las manos, y la carta, escrita de puño y letra del mismo, era anterior de pocos días á la rosa. Temblándole la mano, encendido el rostro y zumbándole los oídos desdobló el papel, y si bien no podía tener por la ocasión interés ni novedad alguna para ella, quedóse embebecida contemplando sus caracteres como si aquello le refrescara la memoria de otros felices tiempos.

Costumbre es reírse de las cartas amorosas, quizá porque solamente se sacan á luz las necias: las personas de ambos sexos que tienen sentimientos delicados miran estas efusiones como sagradas, y revelarlas á un tercero sería una profanación. Ahora, cuando á un corazón sincero y ardoroso se junta una inteligencia varonil; cuando la razón sanciona y la constancia mantiene la elección que se ha hecho, rara vez dejarán de encontrarse en la carta amorosa muchos rasgos de candor, lealtad y afectuosa elo-

cuencia. La que á la sazón ojeaba Isabel con sentimientos extraños y confusos, era seguramente contestación á algunos chicleos de esos que parecen dictados por una loable modestia, pero que no son más que efecto del deseo de elogios, y contenía estas palabras:

“Me dices que en los escasos días de tu vida pasada, adviertes ya muchas niñadas y que muchos defectos tienes que yo no he notado nunca.

“No dudo en creer que haya exageración en esto, pero como quiera, dígame que así será.

“¿Y qué? Nunca se me ha venido á la boca llamarte angel, ni me pasó jamás por la imaginación el deseo de que fueras perfecta. Las debilidades que son inseparables de las criaturas, con tal que sea buena el alma, más bien sirven para apegarnos á ellas que á desviarnos. Yo te tengo en el concepto de una niña leal, pero inexperta: no me pesa á mí de ser quien te dé lecciones de mundo. . . . Sean cuales fueren los males y las penas que te destine Dios en la vida, quiero partírtelos contigo. Tratémonos con la más completa confianza, sin que tengamos secretos uno para otro; y mientras la verdad, que da su mayor brillo á tus ojos y su más rico matiz á tus mejillas, reine en tu alma, no puedo ni por sueño ima-

ginarme de tí un yerro tan grave que merezca un castigo más duro que el perdón.”

¡Qué renglones para leídos en aquellos momentos! Nada extraño es que hicieran en su mente una impresión distinta y muy más profunda ahora que antes. Cuando la recibió, maldita importancia le había dado; había la tirado donde quiera. . . . . ;cuán poco presente había conservado su contenido!

Brotaron á torrentes sus lágrimas; pero ya no pensó en contenerlas, y por entre ellas vióse brillar en sus ojos un contento cual jamás había sentido; es que se formaba poco á poco en el fondo de su alma una resolución que sus más finos afectos aprobaban; resolución que una hora antes le hubiera parecido un desatino.

—¿Por qué lo he temido tanto? hablé para sí Isabel. No he debido necesitar la garantía que me da esta carta para echarme á sus pies y pasar por su indignación, aun por su desprecio, antes que seguir engañándole. Sí, sí. . . .

Y diciendo esto y arrebatando un montón de papeles con la “carta amatoria” entre ellos, encaminó aceleradamente sus pasos á la pieza donde había dejado á su marido leyendo el papelote de la crónica extranjera, el “Folletín,” el “Editorial” y la Gacetilla de la capital con sus “retazos” inclusive.



Ya á la entrada, Isabel se detuvo de pronto, vacilante entre retirarse ó presentarse á los ojos de don Esteban; cuánto y con qué fuerza le palpitaba el corazón y le temblaba el cuerpo todo, por demás es decirlo. Al fin, entregándose en brazos de la Providencia y antes que algo viniera á resfriar su generosa resolución, se determinó á pasar adelante.

Ruijosa había concluido la lectura del papelucho impreso y estaba escribiendo un apunte importante, sentado de espaldas á la puerta; al percibir los pasos de su mujer, no volvió tanto la cara que pudiera haberle visto el semblante.

—¿Ya, por fin? dijo le con afectuoso y chancero acento. ¿Qué has estado haciendo? ¿Ya no piensas ir á ver el brazaletes aquel de que te tengo hablado?

—No, Esteban... no pienso yo ahora en brazaletes... ni quiero que vuelvas tú á pensar en darme joyas.

Y hablando así, Isabel había tenido que acercarse á una silla para poderse mantener en pie.

Su marido al oírla expresar en términos tan extraños se volvió precipitadamente hacia ella, se levantó de un brinco y exclamó:

—¡Cómo!... Pero Isabel, ¿qué es eso, por qué lloras? Y mirando que aún teníaéndole pasado amorosamente el brazo

por el cuello, permanecía sin despegar los labios: ¡Habla!... prosiguió; tu silencio me atraviesa el alma... ¿Por qué no quieres tratarme con confianza? Dime, ¿no lo merezco ya?

—Yo, yo soy... dijo sollozando Isabel. Tus palabras de "endenantes"... esta carta... me han hecho abrir los ojos... Ha llegado el caso de que yo te lo confiese... ¡Ay!... yo también... yo también estoy... como la señora Barnel... atrapada... bárbaramente atrapada.

Y con un ademán como de quererse ocurrir bajo la tierra, se arrancó de los brazos de su atónito esposo y se dejó caer en el suelo.

Doloroso en sumo grado fué para don Esteban el conocimiento del yerro de Isabel; mas la vista de su profunda aficción que daba á entender cuán amargo era su arrepentimiento, le atravesó el alma: tomóla en su brazos, púsola sobre un sofá, inclinó con tiernísimo amor su cabeza hacia ella, prodigóla todos los nombres, todos los títulos con que acostumbraba halagarla, y una y mil veces imprimió en su frente el beso del perdón.

—¡Cómo es posible que yo te haya tenido tanto miedo! exclamó al fin Isabel asiéndole la mano y empapándola en lágrimas. ¡Cómo he podido dejar de conocer lo generoso que eres!

—Dime, dime, vida mía, cómo ha estado el caso; cuéntamelo todo desde el principio.

La bondad de su marido llenó de tal confusión á la esposa, que aún después de exhalar mil suspiros y haberse aflojado el vestido, para poder respirar con más holgura, apenas pudo decirle con vocablos cortados:

—Antes de ser casada... me dijeron tanto... tanto me dijeron sobre lo que era necesario que hiciera una señora para presentarse en la calle... y hacer papel... Luego... me retardaban las cuentas... y... por mucho... mucho tiempo... me comprometían á comprar... Luego pensé que podría pagar todo... pero...

—¿No te alcanzaba con lo que yo te tengo señalado para tus alfileres?

—¡Oh, sí, sí, eso sí! Pero sin cesar necesitaba yo algo... He sido tan débil... A madama Lumières le he vendido vestidos que todavía estaban servibles, tomándole al fiado otros, y á mi doncella le he doblado el salario para compensarle lo que se llama los percances; hasta ropa que hubiera podido dar á señoras pobres he tenido el mal corazón de venderla. ¡Oh, Esteban! me he portado muy mal; pero también he pasado unos días horriblos. Me he sentido en un tormento de que solamente tú podías libertarme... y con todo, hasta

hoy, me hubiera dejado morir antes que confesarte nada.

—¡Pobrecilla! Y ¿por qué era ese temor? ¿He sido alguna vez adusto contigo?

—¡No, no, nada de eso! ¡pero eres tan justo, tan rígido en estas cosas!

—Bien; ahora, Isabelita, dime qué tanto importará...

Hizo ella por hablar y no pudo articular ni una palabra.

—¿Tres números ó cuatro? Vamos, dime.

—Temo decírtelo... ¡ay!... cuatro... dijo Isabel entre dientes y tapándose la cara con ambas manos; sí, cuatro... y no me queda ni medio.

—Isabel mía; se pagará todo lo que debes, hoy mismo; pero en premio, tú has de prometerme una cosa, y es quedar satisfecha y feliz.

—Cuánta generosidad, Esteban... Y si hubieras sido un pobre, ¿qué hubiera sucedido?

—¡Oh!... entonces... entonces hubiera sido una cosa muy distinta y muy triste. En lugar de parar esto en un poco de indulgencia, habría sobrevenido ruina y mendicidad y pesadumbres incontables. Una excusa has tenido, y es que sabías que yo estaba en estado de pagar.

—Sí, ¡pero á qué precio! ¡A costa de tu amor y tu confianza!

—No, Isabel; pues tu confesión ha sido voluntaria; y no intento averiguar qué hubiera pasado por mí si lo hubiera sabido por boca de extraños. Después de todo, tú has caído en una tentación á que están expuestas las mujeres de los ricos mucho más que las de los pobres. Las gentes que trafican no son tan tontas que den mucho al fiado á los "marchantes" que no puedan nunca pagarles.... aunque....

—Maldito el cuidado les dá de las pesadumbres que acarrear entre los ricos, interrumpió Isabel amargamente.

—Mira: también es menester confesar que por ambas partes hay culpa. A las niñas de tu condición rara vez se les enseña á conocer lo que vale el dinero y que la integridad en materias de dinero debe ser para ellas un punto de honor. Ahora, óyeme lo que voy á decirte por último, y para que no volvamos á hablar nunca sobre este desagradable asunto. Supongo que tendrás la más completa confianza en tu doncella y aquí para nosotros debe estar muy en el secreto: la induciremos á ser discreta cerrando para siempre nuestras puertas á madama Lumieres. Lo demás corre de mi cuenta. Doblemos ya esta hoja. Vamos á mandar poner el coche y te llevaré á ver el brazaletes.

—No, querido Esteban, no pensemos en el brazaletes.

—Sí, sí. Aunque gracias á Dios, lo que ha pasado no ha sido una riña, ha sido, sin embargo, un mal rato que hemos tenido y es preciso que haya una ofrenda de paz. Y además, quiero que entiendas que mi voluntad y mis arbitrios de regalarte están muy lejos de haberse agotado.

—¡Cómo pude yo dudar de tu bondad! decía Isabel sollozando y derramando lágrimas de júbilo. Pero sólo un marido como tú puede ser tan generoso, Esteban

—Creo que pocos maridos habrá que no aprecien la verdad y el candor como una de las primeras virtudes conyugales. ¡Ah! si hubieras tenido confianza en mí desde un principio, ¡cuánta pena no nos habríamos ahorrado ambos!

